

discurrir pintorescas procesiones penitenciales; como por las reacciones colectivas de las gentes que nos recuerdan un poco los tiempos de Savonarola. Los arrepentidos —los justos— en fervorosos cortejos van entonando rezos que son como confesión pública de los pecados, dejando en los sombríos rincones la masa informe de los réprobos —*els entenebrats*— yacentes y retorcidos en su desesperación.

Las procesiones, que vienen de todas direcciones mientras deja oír acompasadas y graves sus campanadas el *bombo* de la Seo, van a desembocar todas a la plaza de la Catedral, Valle de Josafat un poco arbitrario, pero marco imponente para el espectáculo apoteósico que ofrece la muchedumbre que llena la escalinata y entona el consolador y

victorioso *Te Deum laudamus* ante la aparición del Obispo —el Obispo Sivilla— acompañado de los canónigos con sus pieles blancas y sus capas moradas. Y al impartir el Prelado su pontifical bendición todos los presentes la reciben postrados como la definitiva absolución de sus pecados.

Ruyra no podía escoger un mejor paraje para dar carácter y grandiosidad a una tal fantasía. Cuando ésta se desvanece con el despertar del muchacho y comprobar que el sol brilla como todos los días y el canario deja oír sus trinos mañaneros en el comedor, puede decirse que acaba el cuento. Pero para el lector sensible la narración gana categoría de perdurabilidad y toma estado en su ánimo como la apoteosis mejor imaginada de la vieja Gerona y su veneranda Catedral.

